



## CAPÍTULO XXI

FRANCIA.—DESDE 1852 A 1868

Constitución de Enero de 1852.—Senado consulto.—El plebiscito del 22 de Noviembre.—Golpe de estado.—Napoleón III emperador.—Queda reconocido el segundo imperio.—La ambición de Rusia.—Invádense los Principados Danubianos.—Guerra entre Rusia y Turquía.—Rómpense las relaciones diplomáticas entre ambas potencias en 18 de Mayo de 1853.—Derrota de una armada turca en Sinope.—Inglaterra y Francia.—Conducta arrogante del Czar.—Tratado de alianza defensiva y ofensiva entre Inglaterra y Francia.—Actitud general de la Europa ante el conflicto que se consideraba inminente.—Expedición de Crimea.—Batalla de Alma.—Operaciones en el Báltico.—Padecimientos de los aliados durante el invierno de 1854.—Muere el emperador Nicolás.—Toma de Sebastopol.—El congreso de París.

**L**A Constitución promulgada por Luis Napoleón en 14 de Enero de 1852, reprodujo las partes más esenciales de la del año VIII.

El único responsable que quedaba, era el jefe de la nación, y él solamente poseía la iniciativa de las leyes, el mando en la administración y en el ejército y la dirección de la diplomacia, lo que realmente parecía recordar el tiempo de la monarquía absoluta.

Aquella misma responsabilidad que abrazaba al jefe del Estado, entrañaba para sí mismo la elección libre de sus ministros.

Como quiera que el Consejo de Estado elaboraba las leyes que sus miembros solamente podían sostener, ante el Cuerpo legislativo, tanto éste como el Senado eran los llamados por obligación, á representar ante el Gobierno la vindicación de la nación.

Este Consejo, cuya renovación se hacía cada seis años, era elegido por sufragio universal, y tenían aquellos miembros la misión de votar así los impuestos como las leyes que se le proponían, y aun cuando podía adoptar ó desechar aquellas leyes, no

tenía atribuciones para modificarlas, sin el acuerdo previo del Consejo de Estado.

En cuanto al Senado, se componía de ciento cincuenta miembros que nombraba de por vida el jefe del Estado, tenía la misión de revisar las leyes que el Cuerpo legislativo votaba y á su juicio, se oponía ó no á la promulgación de aquéllas, según atentasen ó no al Código fundamental.

Este mismo Senado tenía la misión de examinar cuantas peticiones se hacían por parte de los ciudadanos, las cuales si no eran desechadas pasaban á poder de los ministros á quienes competía el asunto reclamado.

Finalmente, el Senado podía también presentar proyectos de ley de grande interés real y hacer modificaciones á la Constitución.

Luis Bonaparte usó de la dictadura, hasta el día 29 de Marzo, fecha destinada para la reunión de las principales corporaciones del Estado, y durante aquel tiempo hizo uso de ella de una manera harto arbitraria, especialmente por lo que se refería al sistema político financiero.

El día 2 de Febrero, dispuso la división de Francia en circunscripciones de treinta y cinco mil electores, cada una de las cuales nombraba un diputado.

Por medio de un decreto orgánico de 17 del mismo mes, puso la prensa periódica bajo la acción del Gobierno, y de aquí que sujetos los periódicos á una autorización previa, podían suspenderse sus publicaciones por el Gobierno, y suprimirse por el jefe del Estado.

Pero no porque existiese aquella jurisdicción administrativa excluía la de los tribunales cuando los delitos se hacían acreedores á ello.

Fué aumentada por el Presidente la centralización política, mientras que se disminuía la administrativa, encargando á los gobernadores de decidir en gran número de cuestiones locales.

Otras varias medidas fueron tomadas por el Presidente que aun cuando no todas acertadas, demostraban por lo menos la gran actividad de aquél.

Instituyó las colonias penitenciarias destinadas á reemplazar los presidios; autorizó la construcción de redes de ferrocarril y telegráficas eléctricas; reorganizó los trabajos en las cárceles; fijó el límite de la edad impuesta á los magistrados; acordó la fundación de un crédito rentístico sobre propiedades; y otras cuya enumeración fuera prolija.

La mayor parte de aquellas medidas fueron inspiradas por motivos meramente personales, pudiendo citarse entre ellas la en que Luis Bonaparte declaraba ilegal la donación de bienes hecha por Luis Felipe á sus hijos cuando subió al trono, cuyos bienes vendió, después de declararlos como del Estado, y su producto fué consagrado á obras de beneficencia.

Aquella vuelta á las instituciones del imperio hacía prever el próximo restablecimiento del mismo, y hasta con motivo de unas fiestas que tuvieron lugar en 1852 el Presidente mandó poner en una de las banderas el águila romana.

En estas condiciones, emprendió varios viajes que podían calificarse de propaganda y en ellos tuvo manifestaciones populares en su favor.

El discurso que pronunció en Burdeos fué muy importante, y trazando un magnífico programa, calmaba los temores de Europa con aquellas frases de «El imperio es la paz».

Cuando siguiendo su excursión pasó por Amboise dió la libertad á Abd-el-Kader, acción que agradeció infinito, aun cuando había sido encerrado de una manera indigna y traídora.

Por el Senado consulto de 7 de Noviembre del

año 1852 restauró con derecho hereditario en favor de Luis Napoleón, la dignidad imperial.

Faltando heredero directo, dispuso el Emperador, por su autoridad, el orden de sucesión en la familia Bonaparte.

Hízose proposición y se sometió á la aprobación del pueblo, y el Senado consulto se ratificó en 21 y 22 del mismo mes y año por un número de votos mucho más considerable que la votación anterior.

La cifra oficial de los votos ascendió á 8.157.752 y desde aquel momento, el Senado se apresuró á la reforma de los cambios que exigía en la Constitución la nueva autoridad de su autor.

Luis Napoleón pudo modificar por medio de decretos las relaciones de las elevadas corporaciones del Estado respecto del poder ejecutivo.

Las obras públicas eran autorizadas por medio de decreto, así como respecto á las tarifas estipuladas en los tratados de comercio que él firmaba, les daba toda la fuerza de ley, y como complemento á la organización del imperio, se dió la ley municipal votada por el cuerpo legislativo en 1855.

Según aquélla, tanto los alcaldes como los concejales podían ser elegidos entre los individuos no pertenecientes al Consejo municipal, y los de las capitales de departamento eran nombrados por el Emperador, lo mismo que en todas aquellas poblaciones cuyo número de habitantes excediese de tres mil. Los prefectos eran los encargados de esta elección en los pueblos que no llegaban á tres mil almas.

En cuanto á la suspensión de los cargos, los prefectos podían llevarlas á cabo, pero nunca revocarlas, pues esta atribución sólo pertenecía al Emperador.

Excepto en París y Lyon todos los demás Consejos municipales eran elegidos por sufragio universal, y aquellas dos poblaciones era administradas por una comisión que el jefe del Imperio nombraba.

Restablecida en el trono una familia que por los tratados de 1815 había sido excluida, necesariamente habían de quedar lastimados aquéllos, mas á pesar de la oposición de algunas cortes, el imperio francés fué reconocido sin ninguna dificultad.

Solamente hubo necesidad de responder á algunas objeciones sobre el nombre de Napoleón III, ya que Napoleón II no había reinado, á pesar de que por parte de los rusos hubo alguna reticencia respecto á aquel reconocimiento.

El Czar había mostrado siempre cierta repugnancia hacia Luis Felipe, é imbuído en alto grado por la doctrina del derecho divino, no quería mirar

como igual suyo al soberano elegido, y una prueba clara de su repugnancia que en los despachos de su embajador en París no empleaba la fórmula ordinaria de *Hermano mío*, sino que solamente se declaraba *buen amigo del nuevo emperador*.

Napoleón, que desde el primer momento comprendió las ideas de su *buen amigo*, no pudo menos de disimular su descontento, en espera de nuevos acontecimientos por parte de Rusia, acontecimientos que no tardaron en presentarse de una manera harto clara.

Entre tanto, el nuevo emperador fué reconocido por toda la Europa y por el momento solamente trató de asegurarse un heredero. Para conseguir esto, prescindiendo de buscar una alianza de príncipes, se casó con la española doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, el día 30 de Enero de 1853.

Alentados los rusos porque su desmedida ambición apenas si había encontrado obstáculo desde el año 1830 por una parte, y el Czar que se tenía por jefe de la familia eslava por otra, pretendía agrupar en torno de aquel vasto imperio todos los pueblos de la misma raza.

Esforzabase al propio tiempo el Czar en que desaparecieran hasta los signos de la nacionalidad polaca, pero todos sus esfuerzos resultaban estériles, todos sus propósitos se estrellaban ante el espíritu patrio de Polonia y ante el apoyo y la influencia alemana, cuya nación se había hecho amiga con alianzas de familia.

La crisis por que atravesaba Europa en el año 1848 fué un motivo que sirvió á Nicolás para intervenir en las provincias danubianas, en las cuales se habían hecho sentir los efectos de la revolución europea, y en Hungría donde acababa de asegurarse la victoria del Austria.

Como que la Europa continuaba todavía mal parada por la última conmoción, creyó que había llegado el momento de coronar su larga carrera, de completar la obra que los tratados de Bucharest, Andrinópolis, Unkiar y Skelessi comenzaron, ó lo que es lo mismo poner la mano sobre Constantinopla.

Surgió la cuestión de los Santos Lugares, y ésta fué la que le proporcionó un pretexto para enredar la cuestión de Oriente.

En virtud de varios tratados que firmaron Francisco I, Luis XIV y Luis XV, los monjes latinos residentes en Jerusalén estaban bajo la protección de Francia, y como que estos monjes fueron arrojados en 1851 de varios santuarios, acudieron al amparo

de su nación protectora, la cual á su vez reclamó el apoyo del sultán Abdul Medjid.

El sultán, por su parte, dió muestras de su imparcialidad nombrando una comisión mixta que se encargase de regular las diferencias; así como igualmente las reparaciones que habían de otorgarse á los monjes.

La Rusia, que no veía con gusto estas gestiones, opuso mil dificultades, porque comprendía que se le escapaban los pueblos griegos, porque el espíritu de tolerancia hacía prodigios en Turquía y deseaba recobrar toda su influencia sobre aquella región.

El príncipe Menschikoff, á principios del año 1853, marchó con gran aparato sobre Constantinopla, dejando preparada una escuadra compuesta de gran número de barcos, en el puerto de Sebastopol.

El día 5 de Mayo pidió garantías para el porvenir, al sultán, ó mejor dicho, le exigía se comprometiese por medio de un tratado á sostener las inmunidades de la religión griega al propio tiempo que manifestaba, que su amo exigía un derecho de intervención en la administración religiosa de los griegos de Oriente.

Claramente se veía que su pretensión tendía á conferir al Czar nada menos que el protectorado de once millones de vasallos del sultán, que profesaban aquella religión.

El sultán no podía aceptar semejantes proposiciones, y tan luego puso al príncipe de manifiesto su negativa, éste salió de Constantinopla rompiendo las relaciones diplomáticas con la Puerta.

Las tendencias del Czar desde mucho antes de dar el paso que acabamos de citar, iban todas encaminadas á atraerse á Inglaterra y al Austria, porque sin permanecer éstas inactivas, nada podía hacer.

En armonía con semejantes propósitos celebró varias y detenidas conferencias con los embajadores inglés y austriaco, á los que manifestó abiertamente su plan repartidor de los territorios turcos.

«Los Principados Danubianos, decía, según refiere un historiador moderno, son de hecho un Estado independiente bajo mi protección; es una situación que puede continuar. La Servia puede recibir la misma forma de gobierno y la Bulgaria también.»

Como se ve, lo que el Emperador pretendía era seducir á Inglaterra cediéndole el Egipto y la isla de Candía.

En cuanto á la cuestión de Constantinopla, no podía al Czar ser más explícito, puesto que al pro-

pio tiempo que declaraba que no quería la posesión de aquella capital, desechaba todas las combinaciones, no dejando más que una posible, cual era el abandono de Constantinopla á la Rusia.

Al mismo tiempo que el Czar trataba de tantear á Inglaterra, continuaba avanzando en su ambicioso plan; y el día 3 de Julio de 1853 las tropas rusas pasaban el Pruth, declarando al mismo tiempo el Emperador que retendría los Principados Danubianos en su poder hasta tanto que el sultán satisficiera sus reclamaciones.

Otras varias negociaciones se hicieron, pero tampoco condujeron á feliz término, significándose por el diván al jefe del ejército ruso, que si hasta el 23 de Octubre no eran evacuados los Principados quedaría declarada la guerra.

Pero Rusia no creyó en semejante afirmación porque no consideraba á Turquía capaz de un esfuerzo formal.

Empero no tardó mucho el Czar en pensar de diferente manera en vista de la premura con que los turcos se aprestaron con numeroso ejército á la pelea.

A pesar de que el Czar no había cesado de repetir que únicamente estaría á la defensiva, la escuadra rusa que saliera de Sebastopol se permitió un acto de agresión harto odioso.

El día 30 de Noviembre, el almirante Nachinoff, después de haber envuelto y destruído una flota alemana, con su poderosa escuadra que se encontraba en el puerto de Sinope, penetró en la ciudad en la que hizo una horrible matanza.

Semejante conducta, aparecía á la vez que indigna porque violaba la palabra que tenía empeñada, como una baladronada contra las potencias occidentales cuyas escuadras á la sazón se encontraban en el Bósforo.

Las armadas francesa é inglesa, que habían anclado en la bahía de Berika, desde el momento en que tuvieron noticia de la invasión de los Principados, á la invitación del sultán cruzaron el estrecho de los Dardanelos, y el desastre de Sinope determinó su entrada en las aguas del mar Negro.

Aunque esta entrada no era considerada como una declaración de guerra, irritó empero á la Rusia, que aprovechándose de este pretexto, rompió las negociaciones.

Napoleón III tentó un esfuerzo supremo escribiendo, el 29 de Enero de 1854, al Czar una carta autógrafa; pero la contestación fué poco satisfactoria, desprendiéndose más bien de aquel contenido la arrogancia y el odio mal contenido.

Nada, pues, podía evitar la guerra que la Rusia provocaba con altivez.

Inglaterra y Francia en vista de aquellas circunstancias, celebraron un tratado de alianza ofensiva y defensiva y un mes antes habían firmado otro tratado con Turquía en virtud del cual la aseguraban su apoyo.

Prusia y Austria, por su parte, también firmaron entre ambas otro tratado el 20 de Abril, por medio del cual se obligaban á la mutua defensa de sus intereses, y las demás potencias se inclinaron en favor del occidente, resultando de aquí, que casi toda la Europa estaba en actitud hostil respecto á la Rusia.

La alianza anglo francesa dió como primeros resultados el de finalizar un desacuerdo muy antiguo sobre los derechos de que gozan los buques de las naciones neutrales.

Hasta entonces, los principios de Inglaterra habían sido siempre opuestos á los de Francia, que no conocía más bloqueos que el efectivo y admitía que la bandera cubriera la mercancía y que no pudiera prenderse en un buque neutral la propiedad del enemigo.

Por su parte Inglaterra admitía que podía prenderse la propiedad enemiga aun en barco neutral y éste no, aun cuando fuese bajo bandera enemiga.

En su consecuencia, se hicieron mutuas concesiones, adoptando Francia la franquicia de la mercancía neutral, y la de la bandera neutral, Inglaterra.

Como los únicos puntos en que los rusos podían lanzarse á los mares occidentales eran el Báltico y el Negro, se resolvió atacarlos precisamente por entrambos, y á este efecto, una armada inglesa partió con rumbo al Báltico el 11 de Marzo de 1854, agregándosele otra francesa el 13 de Junio y ambas unidas marcharon hacia Cromstadt, donde bloquearon la armada rusa.

Allí permanecieron las escuadras aliadas hasta que, convenciéndose de las grandes dificultades de tomar la plaza y viendo que la rusa no salía de su retiro, enderezaron aquéllas hacia las islas de Alán con el propósito de destruir la fortaleza de Bomarsund.

El día 16 de Julio del mismo año á que venimos refiriéndonos, salió un ejército de Francia que, á bordo de buques ingleses, fué conducido á la citada fortaleza, ante la que desembarcó el día 8 de Agosto, no tardando los aliados en apoderarse de aquel punto que servía á los rusos de dominio del Báltico y de constante amenaza á las costas suecas.

Pero los ingleses, lejos de darse por satisfechos